

David McWilliams

DINERO

The word 'DINERO' is rendered in large, bold, black capital letters. Five gold coins are depicted in various orientations, appearing to float or fall around the letters. One coin is positioned above the 'D', another above the 'I', a third above the 'N', a fourth above the 'E', and a fifth above the 'R'. The coins are rendered with a metallic sheen and shadows, giving them a three-dimensional appearance.

La fuerza que mueve el mundo

«Tan entretenido como esclarecedor.»

Yanis Varoufakis

«Excepcional.»

Financial Times

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

David McWilliams

Dinero

La fuerza que mueve el mundo

Traducción del inglés por
Aurora Echevarría

Título original: *Money. A Story of Humanity*

© David McWilliams, 2024

© por la traducción, Aurora Echevarría, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Mapas: © Àlvar Salom

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-322-4873-3

Depósito legal: B. 14.103-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



ÍNDICE

- 11** Mapas
- 15** Introducción

PRIMERA PARTE EL DINERO ANTIGUO

- 29** 1. En los inicios
- 37** 2. A orillas de los ríos de Babilonia
- 47** 3. De los contratos a las monedas
- 58** 4. El dinero y la mentalidad griega
- 71** 5. El imperio del crédito

SEGUNDA PARTE EL DINERO MEDIEVAL

- 95** 6. El ocaso de la economía feudal
- 109** 7. La magia sarracena
- 125** 8. De la oscuridad a la luz
- 147** 9. La imprenta de Dios

TERCERA PARTE
EL DINERO REVOLUCIONARIO

- 169** 10. El dinero invisible
188 11. El padre de la economía monetaria
203 12. El obispo del dinero
220 13. El dinero y la república americana

CUARTA PARTE
EL DINERO MODERNO

- 239** 14. El empirismo y la economía evolutiva
255 15. El dinero a juicio
273 16. El camino de baldosas amarillas
289 17. El dinero modernista
303 18. En el abismo

QUINTA PARTE
EL DINERO ANDA SUELTO

- 325** 19. ¿Quién controla el dinero?
345 20. La psicología del dinero
359 21. La evolución del dinero
- 377** *Agradecimientos*
381 *Notas*
399 *Nota sobre lecturas complementarias*
407 *Índice temático*

1

EN LOS INICIOS

¿UNA CADENA DE BLOQUES (*BLOCKCHAIN*) DE LA EDAD DE PIEDRA?

En el Real Instituto Belga de Ciencias Naturales de Bruselas se encuentra el hueso de Ishango, que data de alrededor del 18000 a. e. c. Se descubrió en las proximidades del río Congo en 1950, cerca de un siglo después de que los colonos europeos se entusiasmaran ante las posibilidades comerciales que ofrecía ese curso fluvial, hasta entonces prácticamente inexplorado. El río Congo, que atraviesa África central, era y sigue siendo el motor de la región, y durante milenios funcionó como una autopista comercial.

El hueso de Ishango es un fémur de babuino con una serie de muescas talladas en él. Los arqueólogos no se ponen de acuerdo sobre su propósito, pero se especula que cada muesca indica una cantidad que una persona le debe a otra y que, juntas, representan una transacción o un conjunto de créditos y débitos. Las muescas podrían significar que las transacciones se pagaron y, por lo tanto, se liquidaron, o bien que estaban pendientes.¹ Si el hueso de Ishango era realmente un palo de cómputo, sus muescas también serían el primer intento conocido de representar un concepto tan sofisticado

como el valor. Asignar valor es un ejercicio de pensamiento abstracto, sobre todo porque lo que una persona valora y está dispuesta a pagar por un objeto puede ser muy distinto de lo que otra valoraría y estaría dispuesta a pagar por él.

Para resolver esta situación, ¿podrían nuestros antepasados africanos haber desarrollado una forma rudimentaria de intercambio para la que necesitaban contar? Si la historia de la humanidad empezó en África, no debería sorprendernos que la historia del dinero también se hubiera iniciado allí. Más allá de las conjeturas, lo que sí sabemos es que estos africanos contaban. El hueso de Ishango es una tecnología de registro muy primitiva, y si estos antepasados contaban para realizar transacciones, es probable que la moneda base fueran los propios seres humanos. La esclavitud fue el pecado original del dinero.

Según el relato clásico de la historia humana, nuestra especie era nómada, luego sedentaria, y de nuevo nómada antes de establecerse, hacia el año 5000 a. e. c. en pequeñas comunidades que llegarían a organizarse en gran medida en torno al dinero. Pero la teoría del hueso de Ishango acerca de una forma de comercio primitivo sugiere que nuestros antepasados africanos ya pensaban en el dinero mucho antes. Quienes tallaron el hueso de Ishango eran cazadores-recolectores que se hallaban en el umbral de un nuevo mundo. Y en el centro de su sociedad de la Edad de Piedra estaba la tecnología que Zeus temía: el fuego.

LA COCINA DE EVA

Arqueólogos, antropólogos, biólogos e historiadores de la Antigüedad han subrayado hasta qué punto nuestra domesticación como especie dependió del fuego. James C. Scott, antropólogo estadounidense, va más allá y nos define como una especie adaptada al fuego o «pirófita».² Nuestro propio cuerpo cambió a medida que nos adaptábamos al fuego, nuestro entorno se vio modificado por el fuego y los animales que

cazábamos y con los que vivíamos también fueron alterados por él. Aunque seguíamos siendo nómadas, nuestro radio de acción como cazadores y recolectores se redujo a medida que usábamos el fuego para obtener más nutrientes con menos esfuerzo.³

El ser humano lleva más de cuatrocientos mil años utilizando el fuego. Gracias a él, pudimos establecernos en distintos asentamientos a lo largo de las estaciones. Puede que tengamos una imagen del cazador-recolector vagando sin rumbo, buscando comida a salto de mata, con escaso control sobre su entorno y totalmente a merced de la naturaleza. Pero es más razonable pensar que los cazadores-recolectores contaban con un sistema organizativo, lo que podríamos llamar una *economía primitiva*. No una economía con monedas, impuestos y demás, sino en el sentido de una estructura social, con jerarquías que la tribu entendía.

En tiempos de nuestros antepasados nómadas, la mayor parte de la tierra estaba cubierta de bosque tupido y casi impenetrable. Cambiando ese paisaje podían hacer más fácil la vida cotidiana. Esos cazadores-recolectores habrían observado que los incendios naturales despejaban enormes franjas de bosque, dejando al descubierto escondites y nidos de animales que podían comer. Luego habrían observado cómo, tras la quema, la vegetación cambiaba rápidamente y los bosques tupidos eran reemplazados por pastos de rápido crecimiento.⁴

Es difícil exagerar el impacto del fuego en la evolución. Para empezar, nos permitió cocinar. La comida es energía, y una alimentación más variada significa más energía. Antes del fuego, los humanos subsistían a base de alimentos de origen animal y vegetal crudos. El fuego nos proporcionó una dieta mucho más fácil de digerir: la cocción hace gran parte de la masticación y la digestión por nosotros, y nos aporta más calorías con menos esfuerzo. Cocinar también adquirió una dimensión social, ya que comer en torno al hogar daba cohesión a la tribu. Podemos imaginar a nuestros antepasados reunidos alrededor del fuego, cocinando, masticando,

charlando, calentándose, flirteando, chismorreando, mirando las estrellas, imaginando el universo y contándose historias.

No cuesta imaginar a los autores de las pinturas rupestres de hace diecisiete mil años en Lascaux, en la actual Francia, sentados alrededor de la fogata, pensando en voz alta en los caballos, ciervos y otros animales salvajes de la zona que querían dibujar. Al ser una tecnología que ahorra tiempo, el fuego nos permitió detenernos a explorar nociones abstractas como la pintura, la autoexpresión, la imaginación y el arte.

LA EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA

Entre el 12000 y el 9000 a. e. c. surgió la agricultura en el Creciente Fértil, América Central y China.⁵ No hay pruebas de que se influenciaron mutuamente; cada civilización debió de descubrirla en respuesta a una fuerza elemental mayor. Esa fuerza fue el calentamiento global.

Durante la época glacial, el planeta no solo era mucho más frío, con capas de hielo que cubrían gran parte de lo que hoy llamamos *hemisferio norte*; también era mucho más seco. En Irlanda se suele asociar el frío con la humedad, pero a medida que bajan las temperaturas, disminuyen la evaporación, las nubes y la lluvia. En la época glacial nuestro mundo era frío y seco, lo que hacía más difícil que crecieran las plantas. En este tipo de clima, la agricultura no es una alternativa: resulta demasiado arriesgado depender de un trozo de tierra para producir la energía que se necesita.

Al aumentar las temperaturas y derretirse los casquetes polares, experimentamos una repentina profusión de vida. El mundo se volvió más cálido y húmedo, y la gente empezó a vivir en lugares donde podían producir alimentos de manera más intensiva. Esto no sucedió de la noche a la mañana; es posible que llevara miles de años, en los que los cazadores-recolectores siguieron cazando y recolectando mientras se de-

dicaban a cultivar la tierra. Esta debió de ser la norma hasta que dominaron las técnicas agrícolas. Recordemos que lo importante es la energía. ¿Cuánta energía podemos obtener de la agricultura, con qué intensidad podemos cultivarla y cuán fiable puede ser esta fuente? Poco a poco, los cereales se convirtieron en una fuente de energía más estable.

Los humanos que vivían en aldeas pequeñas, con grupos de cazadores-recolectores aún vagando por la zona, buscaron cultivos que aportaran valor nutritivo y que fueran fáciles de plantar, rápidos de cosechar y sencillos de almacenar. Los cereales cumplían los requisitos. Se cultivaban fácilmente, crecían rápido, daban cosechas abundantes y podían recogerse a los pocos meses de sembrarse. La evolución también había sido benévola con ellos: se autopolinizaban. Estos atributos fueron esenciales para persuadir a los cazadores nómadas de que se establecieran. Con el aumento de la fertilidad de un planeta más cálido en general, la aparición de la agricultura y la domesticación de animales para obtener proteínas fácilmente, cabría esperar que la población humana hubiera crecido rápidamente. Pero no fue así.

Los primeros miles de años de vida sedentaria fueron un holocausto epidemiológico para la humanidad. En cuanto empezamos a cambiar la vida nómada por la agricultura, enfermedades transmitidas por animales como la gripe, el sarampión, la viruela, el tifus y plagas de todo tipo nos asolaron. Los patógenos saltaban de los animales recién domesticados a los desventurados seres humanos, cuyo sistema inmunitario nunca se había enfrentado a esos invasores microscópicos. En los primeros miles de años de domesticación, del año 10000 al 5000 a. e. c., las vacas y los cerdos fueron una amenaza para nosotros tanto como nosotros lo fuimos para ellos.

Los demógrafos del mundo antiguo calculan que en el 10000 a. e. c. la población humana del planeta rondaba los cuatro millones. Cinco mil años después, solo había ascendido a cinco millones; el crecimiento se había visto frenado por pandemias devastadoras. El sistema inmunitario nómada

que había heredado el agricultor no estaba preparado. Hicieron falta muchas generaciones sedentarias para desarrollar inmunidad.

Hacia el 5000 a.e.c., la evolución seguía su curso, transmitiendo códigos de supervivencia que permitían que el sistema inmunitario identificara a los invasores y la población se hiciera más resistente a un número cada vez mayor de patógenos reconocidos. Por aquel entonces la población humana parece haber despegado. Cuando Jesús echó a los mercaderes del templo, la población rondaba los cien millones de habitantes, es decir, en solo cinco mil años se había multiplicado por veinte.

MECANISMOS DE DEFENSA

Al asentarnos, nuestras comunidades se hicieron más grandes y complejas, pero mantuvimos algunos de nuestros rasgos de cazadores-recolectores. Uno de ellos es lo que los antropólogos llaman la *capacidad social*. El británico Robin Dunbar, al intentar explicar por qué los cerebros de los primates tienen tamaños distintos, se preguntó si el tamaño del grupo social del primate estaba relacionado con el de su cerebro.⁶ Resulta que sí que existe una correlación entre uno y otro: el neocórtex, la parte del cerebro encargada del pensamiento y el razonamiento complejos, crece en los primates en proporción al tamaño del grupo social en el que es probable que viva. El cerebro evoluciona para poder manejar el número de contactos sociales que se necesitan gestionar. En el caso de los seres humanos, como habíamos pasado la mayor parte de nuestra existencia buscando alimento en pequeños grupos nómadas, nuestro cerebro había evolucionado para interactuar en círculos sociales reducidos. Con la llegada de la agricultura y el sedentarismo, en apenas unos pocos miles de años, es decir, de forma repentina desde el punto de vista evolutivo, pasamos a vivir en comunidades mucho más grandes. El

cerebro humano necesitaba herramientas —o tecnologías— para dar sentido a esta nueva complejidad.

Tendemos a asociar la tecnología con objetos físicos, como un martillo o un coche, pero también las hay de tipo social. Son las que ayudan a los seres humanos a trabajar de forma más eficiente en grandes grupos, y entre ellas están el lenguaje, la ley y la religión. Estas herramientas sociales, que surgieron con la urbanización, evolucionaron con nosotros y organizaron la energía humana colectiva en torno a objetivos comunes regidos por normas claras. El dinero también es una tecnología social, un mecanismo de defensa que los humanos inventaron para hacer frente a este cambio brusco en su modo de vida.

Los desafíos que la naturaleza impuso a los cazadores-recolectores para obtener comida y refugio eran propios de grupos pequeños. En cambio, los que surgieron con la sedentarización eran de grupos grandes o lo que podríamos llamar *retos organizativos*. La salud, la riqueza, la distribución, el trato con desconocidos, las transacciones con forasteros y la convivencia de muchas personas son cuestiones complejas.

Desde el momento en que los cereales pasaron a ser nuestra principal fuente de alimento, nos embarcamos en un camino que empieza a resultar familiar al observador moderno. No es casualidad que las civilizaciones humanas se hayan desarrollado en latitudes idóneas para el cultivo de cereales, desde el Creciente Fértil hasta las llanuras centrales de China y Mesoamérica. Cuando en los últimos cinco milenios antes de nuestra era la población mundial pasó de cinco a cien millones de habitantes, los lugares donde el crecimiento fue más espectacular necesitaron tecnologías sociales para sobrevivir. En ellos encontramos los primeros indicios de la existencia del dinero, junto con sus compañeros más cercanos: la escritura y la religión organizada.

Los cereales tenían una serie de características que cambiaron profundamente al ser humano y su organización. Podían cultivarse, cosecharse y almacenarse, generando así un

excedente de energía que era posible distribuir en el tiempo. Cosechamos lo que sembramos. Aún más importante, al haber excedente, la comunidad pudo construir un sistema de valor basado en una medida fácil de entender: una cantidad de grano. Una cantidad determinada equivalía, por ejemplo, a un día de trabajo de un jornalero, lo que establecía una relación entre el precio de los alimentos y el de todo lo demás.

El grano fue la base del dinero primitivo y le dio un valor universal. En Sumeria (actual centro-sur de Irak), por ejemplo, un siclo equivalía a una fanega de cebada.⁷ Con el siclo se podía contar y comerciar fácilmente. El granero, una de las instituciones más importantes de cualquier ciudad antigua, regulaba el suministro de grano y, por lo tanto, el suministro de dinero, de un modo muy similar a un banco central de hoy. Cuanto más grano se producía, mejor era la cosecha y más dinero circulaba. Con una base monetaria vinculada a una mercancía como el grano, dotada de valor intrínseco, era fácil calcular los débitos y los créditos, los activos y las deudas, es decir, los rudimentos de un balance comercial. Las economías basadas en los cereales creaban excedentes que luego el Estado podía gravar, desviando así una parte para los gobernantes y sus burócratas. Cuanto mayor era el excedente de grano, más productiva era la agricultura de una sociedad y más compleja era esta. Una sociedad que puede ir más allá de alimentarse con su producción agrícola se vuelve más sofisticada. Puede mantener a sacerdotes, soldados, comerciantes, mercaderes y escribas, así como a la aristocracia, a la familia real y a otros parásitos.

El dinero basado en el grano impulsó la transición de una tecnología natural, como el fuego, a una tecnología creada por el ser humano: el dinero. El testigo prometeico cambiaba de manos. Esto no ocurriría de la noche a la mañana, pero el camino estaba trazado.